
Luis Alberto de la Garza
Noemí S. Hervitz

*De las ciencias sociales
a las CIENCIAS DE LA
SOCIEDAD*

Totalidad e interdisciplina

Si hacemos una revisión del problema de la totalidad y una actualización de la literatura existente, veremos cómo su discusión se ha dado en el nivel teórico mientras que todas las propuestas de solución las ha brindado la práctica de investigación empírica, cuando el historiador se enfrenta con la totalidad real y compleja y con la difícil revisión de las fuentes.

Un autor como Karel Kosik, que desarrolla el problema en forma abundante en *Dialéctica de lo concreto*, hace énfasis en que la totalidad no significa “todos los hechos”,¹ sino ver la realidad “como un todo estructurado y dialéctico, en el cual puede ser comprendido racionalmente cualquier hecho”, donde cada fenómeno se entiende como elemento del todo y por ende “la posibilidad de crear una ciencia unitaria y una concepción unitaria de esta ciencia se basa en el descubrimiento de la más profunda unidad de la realidad objetiva”.² En este caso la pregunta clave que surge no es la de la validez del principio intelectual señalado como fundamento del conocimiento, sino la de cómo se hace operativa esta abstracción a los efectos del conocimiento de la realidad. Esto nos plantea dos problemas: en primer lugar la abstracción de este principio intelectual; en segundo, que la totalidad no sólo incluye los he-

* Prof. de tiempo completo, adscrito al Centro de Estudios Políticos de la FCPS, UNAM.

¹ Karel Kosik, *Dialéctica de lo concreto*. México, Ed. Grijalbo, 1967, p. 55.

² *Ibid*, p. 57.

chos sino también los proyectos. Justamente, al historiador le interesa la génesis y desarrollo de los procesos; no lo que pasó, sino como fue pasando. Según Karel Kosik, la totalidad es la interrelación de los hechos en un todo estructurado, limitado a una totalidad de hechos presentes, mientras que para nosotros —como trataremos de desarrollar más adelante— la historia es una totalidad de hechos y proyectos, donde en sí misma están incluidas las opciones así como el futuro de su realización.

Probablemente el punto más interesante del planteamiento de Kosik estriba en que la totalidad (de base y de superestructura) también es abstracta si no se demuestra que el hombre como “sujeto histórico real” es quien crea, en el proceso de producción y reproducción de la base y de la superestructura, la realidad social como totalidad de las relaciones sociales, instituciones e ideas, y en esta creación de la objetiva realidad social se crea al mismo tiempo a sí mismo como ser histórico social, lleno de sentido y potencialidad humana, y realiza el proceso infinito de “humanización del hombre”.³

Discrepamos, sin embargo, con este autor cuando señala que el historiador sólo se ocupa del cómo pasó, mientras el filósofo es quien se ocupa de plantear y resolver el problema sobre qué es la historia, problema que —según Kosik— no puede entrar en los límites del historiador. El cuestionamiento de este autor, en esta perspectiva, no hace más que reflejar el viejo dilema de si la historia es una simple narración de hechos que demuestran los postulados que sobre el sentido de la historia ha elaborado el filósofo. Sin embargo ya hace tiempo que la historia estudia sus propios fundamentos y reflexiona sobre su propio quehacer, al margen de las preguntas que el discurso filosófico plantea. De ahí que pensemos que de haber una salida posible al problema de la totalidad científica, esta se daría en el ámbito de la historia, porque sólo la investigación concreta puede dar luz al problema de las relaciones entre los diversos elementos de la realidad compleja.

Valdría la pena rescatar aquí la posición que sobre el tema tienen algunos historiadores como Alberto J. Pla, quien al abordar la cuestión del potencial totalizador de la historia en su libro *La historia y el método*, desde un punto de vista marxista como el de Karel Kosik, mantiene una posición radicalmente distinta a la de éste y encuentra justamente en la historia una respuesta al problema de la totalidad.⁴

“Esa totalidad en ese sujeto (la sociedad) que debe ser analizado como totalidad... Además, esa totalidad en Marx es la que explica el mate-

³ *Ibid*, p. 74.

⁴ Alberto J. Pla, *La historia y su método*, Barcelona, Edit. Fontamara, 1980, p. 23.

rialismo histórico: la relación estructura-superestructura”; asimismo dice que la historia

es la ciencia que estudia este cambio (social), pero sin aislar a su vez lo social, sino incorporando lo social al cambio permanente de toda la vida humana, que es compleja, heterogénea y múltiple. O sea, para entender el cambio es necesaria una visión totalizadora, y ello no lo aporta la sociología (ni aún la llamada sociología científica encuestadora) sino la historia, en tanto concebida como materialismo histórico.⁵

De ahí que alguna vez Marx dijera que si debía elegir entre ser filósofo, economista o historiador, preferiría esta última designación porque la historia es la disciplina totalizadora. Si el objeto de estudio de la historia es la totalidad social, su conocimiento es totalizador porque incorpora tanto los problemas económicos y sociales como el problema de la psicología, del mito o de la cultura, etc., de ahí la unicidad de esta ciencia. No se trata por supuesto de una pretensión imperialista, sino de mostrar la preocupación constante de la historia y de los historiadores por tratar de explicar el tiempo y la realidad donde se mueve y se ha movido el hombre. No es un problema de nomenclatura. Por el contrario, esta disciplina hace a la esencia misma del conocimiento y ése es el compromiso del historiador.

Es pertinente citar también aquí a Adam Schaff, cuando al final de su obra *Historia y verdad* nos dice:

La cosa se complica aún más cuando se considera que el estudio y el conocimiento histórico sólo pueden tener por objeto, no los hechos particulares captados por separado, sino sólo los procesos históricos captados en su totalidad. Lo que denominaremos un hecho, en el sentido de acontecimiento histórico concreto, es el producto de una abstracción especulativa: un fragmento de la realidad histórica es aislado, desligado de sus múltiples correlaciones e interdependencias con el proceso histórico.

Cuando un historiador afirma que parte de tales hechos, su afirmación no es ilusoria; incluso aunque lo piense subjetivamente, como buen historiador procede de otro modo. En efecto, *el estudio y el conocimiento histórico siempre tienen por objeto un proceso histórico en su totalidad*, aunque capturemos este objeto a

⁵ *Ibid*, p. 25. Este tipo de afirmación nos parece reduccionista, ya que hay otras formas de quehacer histórico.

través del estudio de los fragmentos de esta totalidad. Nuestro caso es una simple ilustración de un problema más amplio, el de la relación entre la totalidad y la parte: la parte puede ser comprendida, solamente, en el marco de la totalidad y ésta es accesible al conocimiento sólo por medio de sus partes. *Cuando más competente es un historiador, mejor puede llevar a cabo esta tarea; cuanto más consciente es el historiador de las implicaciones metodológicas de la relación existente entre la totalidad y la parte, más fácil es para él la realización de esta tarea.*⁶

Ahora bien, este rescate del concepto de totalidad tiene sus propios riesgos en el campo de la investigación puesto que, por una parte, no existe teoría pura en historia y por otra, en la construcción de los conceptos deben aceptarse las disparidades del objeto real de investigación. Estas disparidades se presentan desde el acceso a las fuentes que son disímiles en importancia y en información; en el desarrollo propio de las distintas disciplinas que estudiaron y estudian —parcializando— la realidad social; hasta en el interés, formación y aproximación del historiador a su objeto de estudio con las consiguientes limitaciones: la pertenencia a una escuela histórica específica, la expresión de los intereses de una clase social determinada y la empatía respecto al tema de estudio.

Por todo ello pensamos que, el punto de discusión más relevante, es el de recuperar para la historia una pregunta que ella debe responder: qué es la historia. En algún momento de su obra, E. H. Carr nos advierte que desde Marx y Freud, el historiador “ya no tiene excusa para pensarse individuo separado, al margen de la sociedad y fuera de la historia. Estamos en la edad de la conciencia de uno mismo: el historiador puede y tiene la obligación de saber lo que está haciendo”.⁷

Esta conciencia, esta obligación del historiador por saber lo que está haciendo, implica una reflexión seria no sólo de su quehacer científico, sino igualmente de la finalidad del conocimiento histórico. En buena medida los cuestionamientos y las críticas al papel de la historia se refirieron precisamente a su carencia de rigor y a su inutilidad. En ambos casos la reacción de muchos historiadores fue enteramente defensiva y su preocupación por demostrar la científicidad de la disciplina o la importancia de su utilidad, los condujo a reducir sus acciones en disquisiciones sin que les quedara tiempo para resolver, en la práctica de la disciplina, los ataques de que era objeto.

⁶ Adam Schaff, *Historia y verdad*. México, Ed. Grijalbo, 1974, pp. 370-371 (el subrayado es nuestro).

⁷ E. H. Carr, *¿Qué es la historia?* Barcelona, Ed. Seix Barral, 1978, 7a. ed., p. 19 (el subrayado es nuestro).

Ejemplo de una nueva actitud frente a esta problemática lo podemos observar en el prólogo del *Estado absolutista* de Perry Anderson, quien se propone romper con la dicotomía que tradicionalmente se ha planteado en la práctica y en la teoría histórica, y que —aún cuando no lo explicita en este texto— parece referirse a la distancia que existe entre el *corpus* de investigación histórica marxista inglesa, frente al *corpus* teórico filosófico marxista francés. Su intención es superar, desde una perspectiva marxista, esta escisión entre lo “abstracto” y lo “concreto”:

en principio, ambos son igualmente susceptibles de un adecuado conocimiento de su causalidad... Uno de los principales propósitos del estudio aquí emprendido es, por tanto, intentar mantener simultáneamente en tensión dos planos de reflexión que, *de forma injustificable*, han estado divorciados en los escritos marxistas, debilitando su capacidad para formular una teoría racional y controlable en el campo de la historia.⁸

Dos planteamientos de totalidad

En su conocido libro *Historia y las ciencias sociales*, Fernand Braudel nos dice que la historia se ha apoderado poco a poco de la economía, la sociología, la antropología, la psicología, la lingüística, etc, pretendiendo ser “una imposible ciencia global del hombre”.⁹ La pregunta es: ¿el proceso fue realmente así o las mencionadas disciplinas se historizaron, rompiendo los compartimientos, las temáticas fijas y penetraron en la historia? Braudel pertenece a los iniciadores de una corriente que aspiró a aprehender el conjunto, la totalidad de lo social. Junto con Marc Bloch y Lucien Febvre propugnaron por una síntesis en la historia y de la historia, al fundar al Escuela de los *Annales*.

Marc Bloch rescató una frase que en 1800 Fustel de Coulanges decía a sus oyentes en la Sorbona: “Suponed cien especialistas repartiéndose en lotes el pasado de Francia. ¿Creeis que al fin hubieran hecho la historia de Francia? Lo dudo mucho. Les faltaría, por lo menos, la vinculación de los hechos, y *esta vinculación es también una verdad histórica*”.¹⁰ El mismo Bloch confesaba que aún no sabía muy bien cuál sería el porvenir de las ciencias del hombre, pero tenía claro que “considerada ais-

⁸ Perry Anderson, *El Estado absolutista*. México, Siglo XXI, 1980, 2a. ed. (el subrayado es nuestro).

⁹ Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Editorial, 1970, 2a. ed. p. 115.

¹⁰ March Bloch, *Introducción a la historia*. México, F.C.E., 1952, p. 120 (el subrayado es del autor).

ladamente, cada ciencia no representa nunca más que un fragmento del movimiento universal hacia el conocimiento”,¹¹ nunca dijo más que eso, ni le dio nombre.

Lucien Febvre, compañero de trabajo de Bloch y continuador de los mismos ideales, se cuestionaba sobre los fundamentos de la historia y encontraba en la interdisciplina, en el trabajo en equipo, la forma más fecunda “de las que se imponen a una historia que se impacienta ante las fronteras y los compartimientos estancos”,¹² y a su vez, Henri Pirenne decía que el trabajo del historiador es, a la vez, una *síntesis* y una hipótesis; *síntesis*, en tanto que el historiador pretende reconstruir la totalidad histórica a partir de su conocimiento de hechos particulares, y una hipótesis, porque tal reconstrucción nunca es totalmente comprobable.

Durante el medio siglo transcurrido desde la fundación de los *Annales* —si aleatoriamente marcamos los treinta y los ochenta como límites ilusorios de tal parcialización desde el postulado de *síntesis*—, aparecieron varios movimientos paralelos, en los cuales la historia se fragmentó junto con las ciencias sociales, que hicieron lo propio a pesar de que una y otras tuvieron puntos de confluencia en ese proceso de parcialización. La crisis de los años treinta dió auge al desarrollo de la historia económica; después de la Segunda Guerra Mundial se especializan las técnicas de la historia demográfica, y para 1955, un congreso de historia decidió declarar a la historia social (cuando por esencia *toda historia es social*) una especialidad más.

No pasan veinte años cuando aparece, entre los herederos de la Escuela de los *Annales*, una *Nueva Historia* —vieja historia— que puede ser cuestionada en los mismos términos que hace casi dos siglos lo hizo Fustel de Coulanges en la cita señalada más arriba, ya que vuelve a la superespecialización. Los tres tomos de *Hacer la historia* dirigidos por Jacques Le Goff y Pierre Nora,¹³ abordan “nuevos” problemas, “nuevos” enfoques y “nuevos” temas de dimensiones tan variadas como “la historia conceptualizante”, “la vuelta al acontecimiento”, enfoques económicos o estéticos y temas como “el clima: la historia de la lluvia y el buen tiempo” o “la cocina, un menú del siglo XIX”.

Esto nos lleva a interrogarnos si no se trata en realidad de una indigestión de “novedades”; no se trata, por supuesto, de negar por principio las posibilidades de diversas opciones de interpretación o de variación de los temas y de las jerarquías tradicionales del trabajo histórico, sino de señalar lo absurdo de la busca de nuevos temas para el mercado de

¹¹ *Ibid.*, p. 20.

¹² Lucien Febvre, *Combates por la historia*. Barcelona, Ariel, 1970, p. 30.

¹³ Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Hacer la historia*. Barcelona, Edit. Laia, 1979, 3 vols.

consumo o la creación de nuevos feudos académicos en la loca carrera de la industria del conocimiento. El científico norteamericano Erwin Chargaff da un buen ejemplo de esta pasión por la novedad: en una anécdota atribuida al rey de Prusia Guillermo I, cuando éste “visitó una vez el observatorio de Boon, preguntó al director, ¿pues bien mi querido Argelander, qué hay de nuevo en el cielo estrellado? La contestación llegó rápida en forma de otra pregunta: ¿acaso su Majestad ya conoce lo viejo?”.¹⁴

El marxismo atraviesa también por avatares semejantes, hace años Braudel se lamentaba de “lo poco que el marxismo ha sitiado, a lo largo de este siglo, nuestro oficio... ha faltado únicamente, en esta primera mitad del siglo XX, la obra maestra de historia marxista que hubiera servido de modelo y de punto de reunión”.¹⁵ Temprano reconocimiento de un miembro de la Escuela Histórica Francesa a la potencialidad metodológica del marxismo. Pero la prudencia nos lleva a hacer la misma reflexión en la segunda mitad de este siglo: ¿Ha aparecido esa obra que podría actuar como modelo del quehacer histórico en su intento por aprehender la totalidad?

Debemos reconocer que al marxismo le ha sucedido un fenómeno semejante al que señalábamos con respecto a la descendencia de la escuela de los *Annales*. De los postulados de Marx acerca de la complejidad de la realidad y su unicidad, factible de ser analizada mediante su concepción materialista de la historia, el marxismo posterior —salvo algunas excepciones— insistió fundamentalmente en los problemas económicos y, por lo tanto, en los procesos históricos ligados más directamente a ellos, como la causa determinante del acontecer y del conocimiento histórico.

El proceso de esta transformación del marxismo es el objeto fundamental del ensayo de Perry Anderson en sus *Consideraciones del marxismo occidental*. En este trabajo, Anderson plantea cómo la preocupación de Marx y Engels por delinear una teoría explicativa del desarrollo social de manera global que les permitiera explicar el capitalismo —su momento histórico— y transformarlo generó una corriente más interesada en la acción que vio en el marxismo, junto a su potencial explicativo de la realidad, un instrumento para su transformación revolucionaria. De aquí el marxismo —señala Anderson— pasó por un proceso de ruptura entre teoría y práctica, debido a las propias condiciones históricas del momento; por una parte, la formación de la ortodoxia soviética del estalinismo y, por la otra, la teoría marxista que se desarrolló en el occiden-

¹⁴ Erwin Chargaff, “Conocimiento sin sabiduría”. En *Contextos* año 1, No. 8, 11-17 septiembre 1980, p. 13.

¹⁵ Braudel, *op. cit.*, p. 127.

te europeo, divorciada en general de la práctica política, y que paulatinamente se confinó en los ámbitos académicos, con lo cual el marxismo occidental se refugió en el discurso teórico especulativo.

Para la historia, esta situación significó un relativo desinterés en el estudio científico del material empírico y/o una visión mecánica y dogmática de los procesos sociales que contribuyeron al estancamiento, o una refinada especulación meramente teórica del materialismo histórico. Por ello, paradójicamente, el marxismo, la teoría más significativa que enmarcó el desarrollo de las ciencias sociales, lo hizo al margen de la historia. Todo ello nos explica la existencia de una teoría rica y compleja sobre la historia elaborada por el marxismo, al lado de una relativamente pobre producción historiográfica, sobre todo si la comparamos con la abundante y muchas veces excelente producción no marxista que por su parte adolece, con frecuencia, de un defecto inverso, a saber: la carencia de un sustento teórico eficaz.

Esta ha sido una preocupación de muchos historiadores marxistas; así, por ejemplo, en la *Introducción a las formaciones económicas precapitalistas*, Eric Hobsbawn plantea la “fuerza maravillosamente unificadora” de la visión de Marx, en la que debe mencionarse la negativa de éste “a separar las diferentes disciplinas académicas”.¹⁶ Todo intento de distinción entre el Marx sociólogo, el economista o el historiador es opuesto al propio método marxista. Toda la obra de Hobsbawn es un reconocimiento de que el problema se resuelve en la relación concreta, real, entre los diferentes niveles de la totalidad, en la relación entre base y superestructura en sus diversas y complejas conexiones y de que, por otro lado, escribir una historia más amplia de la sociedad y del cambio social implica servir mejor a los movimientos sociales. Quizá lo más refrescante de su postura resulta la visión que un historiador marxista tiene de la propia historiografía marxista. Mientras Braudel suspira por la aparición de una obra maestra marxista que enseñara esa totalidad, Hobsbawn entendía que en su caso

la historiografía marxista no era una verdad aislada cuya definición surgía de una diferencia absoluta con toda otra corriente historiográfica, sino la punta de lanza de un amplio movimiento de historiografía progresista, articulada por diversas tradiciones laborales y radicales dentro de la historiografía británica.¹⁷

En otros términos, el que los historiadores pronuncien discursos dife-

¹⁶ Karl Marx, *Formaciones económicas precapitalistas*. Introducción de Eric Hobsbawn. Argentina, Cuadernos Pasado y Presente núm. 20, 1971, pp. 10-11.

¹⁷ Entrevista con E. Hobsbawn. En *Revista de la UAEM*, No. 8, octubre de 1980.

rentes o, en ocasiones, contradictorios, es simplemente el resultado de la especificidad del conocimiento, cuya tendencia hacia la totalidad sólo se cumple en el proceso infinito de acumulación de verdades relativas.

Historia política, ¿historia total?

Los elementos fundamentales de la discusión descrita en páginas anteriores nos lleva, necesariamente, a dos cuestiones básicas. En primer lugar, se trata de insistir en la urgencia de replantear los problemas en torno a la teoría y al método de investigación, a la revisión de los presupuestos teórico-metodológicos en los que se han desarrollado hasta hoy las ciencias sociales, incluida la historia, y las consideraciones sobre la realidad compleja, objeto de su estudio. En segundo, hay que apuntar la proposición de que el campo que, desde nuestro punto de vista, presente una posibilidad de tratar el problema de la totalidad histórica en la investigación concreta, es el de la historia política.

Si bien es cierto que la coyuntura significa el momento más estrecho del análisis desde la perspectiva temporal, también lo es que se convierte en el punto de confluencia en que se combinan los elementos estructurales de largo plazo que se traducen en la posibilidad o realización de cambios significativos o de avances cualitativos en el proceso del devenir social. Esta combinación o conjugación de elementos, hace necesario el manejo de los múltiples y contradictorios factores que se presentan en el proceso histórico; la jerarquización de las causas de este proceso y el conocimiento de situaciones pasadas y presentes que explican o dan sentido a esta coyuntura.

En otros términos, el análisis de las coyunturas históricas significa el planteamiento de la realidad como una totalidad estructurada en sus múltiples elementos que tienen que interrelacionarse para darle sentido a esa realidad, en cuanto que aquí se combinan primordialmente teoría y análisis concreto. Es decir, el momento privilegiado en que se confrontan los elementos conceptuales que nos permiten aprehender la realidad con la realidad misma en su multiplicidad auténtica.

Igualmente, es en la coyuntura donde resulta más claro el valor de la situación política en un sentido amplio en cuanto acción, decisión y relación de hombres-individuos, grupos y clases; esto es como el juego de las acciones que posibilitan los momentos decisivos de transformación de la realidad compleja y en el que coinciden las manifestaciones de los procesos de larga duración —y su conocimiento, sin el cual es imposible la comprensión de la coyuntura— así como las situaciones de quiebra que le dan a la política su particular significación, en la medida

que se trata de la zona más perceptible de la totalidad histórica.

La complejidad real sólo puede manifestarse en el nivel de la coyuntura política, pues es en ella en donde se expresan y se exacerban todas las contradicciones socioeconómicas del sistema. De ahí que una guerra, como dice Jean Chesnaux, es la coyuntura más rica, más verdadera del análisis de la complejidad histórica, donde mejor afloran las contradicciones. La coyuntura permite un método de exposición total, mientras que la estructura necesariamente lleva a un sistema de exposición cerrado.

Desde el punto de vista del método de investigación existen dos posiciones: la interdisciplina, que en última instancia significa la suma de puntos de vista trabajados al interior de diferentes disciplinas, por lo menos como se ha planteado y resuelto hasta hoy día; y una visión más estricta de la totalidad que niega la validez científica y explicativa de esta suma e implica ver el problema como manifestación de las prioridades, como estudio de causas, de elección de los hechos que consideramos más explicativos que otros en cuanto que tienen mayor potencial de información para el estudio de una coyuntura determinada; se trata pues, como señalamos, de salvar los momentos de la pura teorización y de la inocencia empírica, para arribar a su concatenación.

En este nivel del análisis que se establece entre la totalidad histórica y la historia política, como el espacio de mayor potencialidad para explicar dicha totalidad, surge una segunda preocupación en torno a la relación de la complejidad histórica y la práctica política.

Pareciera —a primera vista— que la posibilidad de estudiar la totalidad está dada en la práctica social y política, y que toda totalidad es política en tanto el hombre es el sujeto histórico real, el actor social y económico que actuará en función de opciones que, con su acción, le permitan ser dueño de su destino. En la medida en que la unidad de la realidad es total, sólo su práctica política permite aprehenderla, mientras que en el plano intelectual sólo es posible su parcialización.

Hacer historia y hacer política no es lo mismo para cada autor o corriente, pero hacer historia es siempre práctica política, una forma de hacer política. El historiador pregunta primero *qué* sucedió, luego pregunta *por qué* y este se convalida en los *para qué*, en la finalidad y decisión política de príncipes y partidos, de individuos o de masas en su acción concreta. Esta realidad compleja porque es histórica sólo puede vislumbrarse a través del prisma político que es, a su vez, la esencia y el fenómeno que representa.

La pretendida imparcialidad (política) del positivismo que sólo se interesaba en el *qué* sucedió, fue duramente cuestionada por algunos historicistas. Cuando Benedetto Croce critica la supuesta imparcialidad de

Ranke —exponente sobresaliente del positivismo alemán— señala que la idea del *historiador puro* fue un mero disfraz de servilismo político para con los gobiernos y por ello hizo escuela en todo el mundo. Los *por qué* del historicismo involucran directamente al sujeto que descubre su objeto y nuevamente es Croce quien plantea que “la profundidad de la visión histórica lleva implícita una profundidad de interés ético y político, y se ve estimulada por éste y, a su vez, lo estimula”.¹⁸

Los *qué*, los *por qué* y los *para qué* tienen una dinámica temporal, ya que dichas preguntas cobran sentido al interior de una definición de la historia que recupera el pasado, el presente y el futuro como tres momentos del análisis. “La historia formula las preguntas al pasado para entender el presente y transformarlo en función de un proyecto futuro”. Estos tres tipos son entendidos como unidad para cualquier momento histórico, tanto para una coyuntura actual, como para una que ya pasó.

A propósito de esta problemática, nos parece significativo un autor-actor y su obra: *1905*. La elección de este libro de León Trotsky implicó para nosotros el reconocimiento de que en él se presenta la unidad de un actor político que en su práctica se planteó el problema de la totalidad a través de un análisis de coyuntura. De esta manera, deja una obra de historia política donde expone esa realidad en su dimensión totalizadora junto con la biografía de su propia praxis. Partiendo en su análisis de la situación social y del capitalismo en Rusia, así como de las fuerzas motrices de ese periodo histórico, pasa a la elección de los “acontecimientos” más representativos que culminan en el último capítulo referido a la lucha por el poder. En el prefacio a la edición alemana de 1909, Trotsky nos advierte que

al presentar este libro al lector, no pretende ofrecerle una obra histórica; se aporta el testimonio de un espectador y actor, se camina sobre las mismas huellas de los acontecimientos, a la luz de una opinión que es la del partido del autor, social-demócrata en política y marxista desde el punto de vista científico... Si el autor ha logrado recomponer estos acontecimientos de una manera satisfactoria, habrá cumplido con lo mejor de su tarea.¹⁹

Deliberadamente Trotsky renuncia a relatar *todos* los pormenores que desde su punto de vista no hubieran explicado de cualquier manera “la lógica interna de los acontecimientos”, sino que prefirió resaltar “los acontecimientos y las instituciones en que se resumía en cierto modo el

18 Benedetto Croce, *La historia como hazaña de la libertad*. México, FCE, 1960, 2a. ed., p. 81.

19 León Trotsky, *1905*, Madrid, Ruedo Ibérico, 1971, Tomo I, p. 17.

sentido de la revolución”, reducidos a un espacio —San Petersburgo— y a un tiempo —octubre-diciembre de 1905.

Por ello pensamos que el problema de la totalidad en los momentos coyunturales se da en estrecha relación con la práctica política, en donde la acumulación del conocimiento del pasado, lejano y reciente, matizado por la teoría, tiene como finalidad el análisis objetivo de la realidad que permita establecer una acción transformadora por parte de las fuerzas sociales en juego, si reconocemos que en este análisis se trata de saber leer una coyuntura dada en el proceso de la lucha de clases.

De acuerdo con lo anterior, el análisis de la realidad como totalidad dentro del estudio de la coyuntura adquiere su verdadera significación en la medida en que se relaciona con la práctica política, para mantener o transformar una situación histórica determinada. En el sentido de la transformación o de “guía de acción para el futuro”, como diría Carr. El análisis se centra en la perspectiva del progreso “como algo objetivamente definible y que al mismo tiempo apunta hacia lo deseable”²⁰ es decir, en la posibilidad de transformación de la condición presente o de la alternativa a la opción vigente que requiere, insistimos, una fundamentación del análisis objetivo de esas condiciones. Esta posibilidad de acelerar un proceso histórico hacia algo, significa estar sobre la realidad históricamente determinada, es decir, analizar desde el campo de las formaciones sociales y de las situaciones concretas tal y como se señaló en la obra de Trotsky citada, significa, por consiguiente, determinar históricamente las contradicciones internas y externas de cada formación social.

Nos habíamos referido a la causa por la que la concepción de la totalidad aparece en los momentos coyunturales. El problema de esta necesidad totalizadora durante los momentos determinantes del cambio en la historia se encuentra, por supuesto, ligado estrechamente al problema de la práctica política.

Un ejemplo elocuente de tal situación aparece en el *18 Brumario de Luis Bonaparte* de Karl Marx. En efecto, fuera de otro tipo de consideraciones teórico metodológicas, en este análisis encontramos un claro manejo de historia coyuntural elaborada por Marx, una muestra de cómo el estudio del pasado cobra sentido —de la única manera que es posible en el marxismo— en la medida en que se vincula con los orígenes y desarrollo del presente y en el cual, a partir del análisis de los sucesos políticos, se recupera la complejidad del universo histórico. Engels, en su prólogo a la tercera edición del ensayo señala:

²⁰ Hobsbawn, Eric, *op. cit.*, p. 7.

inmediatamente después del acontecimiento que sorprendió a todo el mundo político... se alzó Marx con una exposición breve, epigramática, en que se explicaba en su concatenación interna toda la marcha de la historia de Francia... cada nueva revelación hecha pública desde entonces no ha hecho más que suministrar nuevas pruebas de *lo fielmente que estaba reflejada allí la realidad*... Mas para ello había que poseer también el conocimiento tan exacto que Marx poseía de la historia de Francia... He aquí por qué Marx no sólo estudiaba con especial predilección la historia pasada de Francia, sino que seguía también en todos sus detalles la historia contemporánea, reuniendo los materiales para emplearlos ulteriormente, *razón por la cual nunca le sorprendían los acontecimientos*.²¹

Es por ello que consideramos –tal como señala Pierre Vilar– que “si se considera que pensar *políticamente* en forma justa, es justamente pensar en forma histórica”,²² la función de la historia será la de servir a la interpretación del presente, ya que en este tiempo es cuando se da la opción política del momento histórico que se trate.

Si, como venimos diciendo, la coyuntura es la dimensión totalizadora y la práctica, la expresión política del hombre en esa coyuntura, la historia política aparece como la dimensión natural de estudio y análisis de esa totalidad real. La lucha de clases, como fuerza motriz de una coyuntura dada no es una lucha económica, es justamente una lucha por el poder, una lucha por la toma del poder político. Los ritmos económicos –esas determinantes “en la última instancia” cobran sentido en los procesos de cambio. Vilar nos habla de un coyunturalismo estructural y pone por ejemplo la obra de Ernest Labrousse. El problema de los tiempos no es un problema mecánico, ellos se entrelazan para desembocar en el *acontecimiento* (en el caso de la obra de Labrousse, julio-agosto de 1789) que cambia la estructura jurídica y política de la sociedad.²³

Por último, la relación de los dos problemas que formulamos más arriba están a su vez ligados a otro problema de orden metodológico; la diferencia entre la totalidad en la investigación y la totalidad en la exposición. Dicho en otros términos, la diferencia entre método de investigación y método de exposición supone el problema básico del proceso de conocimiento, puesto que el método de investigación significa, en principio,

²¹ K. Marx, F. Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Edit. Progreso, 1966, T. I, pp. 231-232 (el subrayado es nuestro).

²² Pierre Vilar, “Historia marxista, historia en construcción. Ensayo de diálogo con Althusser”. En *Perspectiva de la historiografía contemporánea*, México, SEP, 1976, Colección Sep-Setentas No. 280, p. 107 (el subrayado es del autor).

²³ *Ibid.*, pp. 135-136.

fragmentar el conocimiento para recomponerlo y recuperar así la interpretación de la realidad, mientras que en el método de exposición se trata fundamentalmente de proyectar dicho conocimiento. De ahí que volvamos a la pregunta básica del inicio del presente trabajo: el “cómo se hace operativa esta abstracción a los efectos del conocimiento de la realidad”.

En función de las consideraciones hechas hasta aquí, podemos definir a la historia política de acuerdo con Jaques Julliard, como “la historia de la intervención consciente y voluntaria de los hombres en los terrenos en los que se deciden sus destinos”.²⁴ Sólo de esta manera se puede entender nuestra inquietud por la capacidad totalizadora de una historia política o, en otras palabras, quizá la historia política sea la única que pueda cumplir hoy en día, en la investigación concreta, con el carácter total de la realidad y por ende del método de estudio de dicha realidad.

²⁴ Jacques Julliard, “La política”. En *Hacer la historia, op. cit.*, T. II, p. 241.